12 DE ABRIL

A J. L. Prado Nogueira.

PERO cuando una sombra, un presentimiento, un mal
conciliado sueño
me dice que lo que se avecina está más cerca de mí
mismo,
más cerca de lo que siento que voy siendo
—montón de tactos, de mal entendidos panoramas,
de observaciones de diversa índole—,
hay un vaho que se espesa ante los ojos,
ante los dedos, hay
una cerca que el acceso evita
al número siguiente, y así quedo
partido en dos.

Yo pienso que lo que ha de sobrevenir
debe encarnar en algo; un tiempo ya sin rampa,
un estanque de días, un oscuro
y claro recipiente,
hecho de vida.
Mas puede que no sea
de tal modo. No siempre
se cumplen los programas.
Creemos, esperamos en muchas cosas;
y sacamos la mano por la ventana abierta
y soñamos en vano con el frío de una gota de agua.

Nada entendemos de lo que aún no ha sido.
Pueden
fomentarse paisajes
que, al otro lado de la esquina,
estamos firmemente seguros de encontrar.
Pero no hay ancla para el agua del tiempo,
no hay puerto que su latido abrigue
y repose.

¿Desde qué piedra, desde qué sólido pedestal,
en un mar sin orillas, sin islas y sin médanos,
nos dejará la agitación mirar serenamente el horizonte?

Y aunque hubiésemos puertos, ¿qué sabe el barco, asido
aún a su paz,
no cruzados los palpos de la quieta bahía,
acerca de la lucha,
que sobre los abismos, sólo de peces sondados, le aguarda?

Pese a todo, venid, venid, miremos,
pupila con pupila, la prometida tierra.
Tú, que alcanzas un árbol, dime cómo es su fronda.
Tú, que ves la primilla volar sobre la cumbre,
dame esa brizna de mundo.
Nada sabremos solos. Si creer es posible
es porque estamos todos hacinados creyendo.
Si es dada la esperanza es porque, hombro con hombro,
como niños que aguardan un cruel sacrificio,
nos infundimos ánimos.
A cada uno Alguien da una pluma del ala que mueve
nuestra suerte.
Lo demás es el hilo de araña que engendramos,
ese hilo que un soplo bajado de la bóveda ondula
y nos hace pensar que desde arriba
nos mueven y nos alzan.



ALFONSO CANALES